

La única opción

EN el coloquio que anteanoche sostuvo por televisión el ministro del Interior, se comentó un hecho muy cierto y positivo: en términos generales, la imagen de los servicios del orden público experimentó en estos dos últimos años un cambio muy favorable en la opinión. El viejo y natural antagonismo entre la policía y el político de tendencia democrática marginado por la ley ha ido desapareciendo a medida que entrábamos en un auténtico Estado de Derecho. El primero en celebrarlo era el propio agente del orden, descargado de funciones represivas. Y las fuerzas políticas, en cuanto pudieron saborear la libertad, reconocieron que para salvar a ésta es precisa la protección de quien pueda defenderla contra la violencia de sus enemigos.

Esta básica comprensión se ha logrado. Cuando menos en la mayor parte de la geografía española en la que prevalece una firme voluntad de paz social. Las excepciones se están dando, sobre todo, en el País Vasco, que todavía sufre la agitación promovida por unas facciones terroristas que intentan anular las posibilidades de soluciones pacíficas por las que abogan los nacionalistas más históricos. Se trata, como muy bien señalaba el señor Martín Villa, de llevar a la calle una lucha rotundamente perdida en las urnas.

Y en esta trampa es en la que todo español consciente, vasco, navarro, catalán, castellano o andaluz, no debe dejarse arrastrar. El peligro está en que no seamos capaces de discernir cuáles son los límites de la libertad. Y que no nos pusieramos de acuerdo en la necesidad de responder a la violencia con los medios que la ley dispone para la salvaguarda de la convivencia pacífica. Hoy en día, en una España en la que disfrutamos de las libertades esenciales y que, pese a múltiples dificultades, se está dando término a un texto constitucional de seguro refrendo popular, nada justifica la alteración del orden y mucho menos aún el crimen.

La exaltación del terrorismo sólo puede ser fruto de la inconsciencia o de interesadas y alevosas provocaciones. Para quienes desean realmente vivir en paz y en libertad, no cabe ningún dilema. La opción está al lado de la autoridad legítima, entregada a combatir el crimen y a garantizar el respeto de la soberanía popular expresada pacífica y civilizadamente.

Porque fuera de esa opción la alternativa no es otra que la dictadura de uno u otro signo que quisieran imponer los que atacan para ser atacados y conducirnos así por la pendiente de situaciones-límite irremediables.

Por ello, para salvar la democracia naciente y el Estado de Derecho que se está elaborando con los votos de la inmensa mayoría de españoles, el rigor y la firmeza en la defensa del principio de autoridad, entendido como un ejercicio moral, son irrenunciables. Rigor y firmeza contra los que pretenden burlarla y contra los que no la entienden.

Cuidado con los apocalípticos

NUESTROS lectores saben que la historia de nuestro periódico es un esfuerzo constante en busca de la ponderación. Por ello, rehusamos por igual las gafas con cristales negros y las de cristales de color de rosa. Hay una visión natural y reflexiva de las cosas y de los acontecimientos a la que no sientan bien —como a la sociedad— las tintas oscuras y los tonos amables, cuando son forzados.

Algo de eso está pasando en España en estos momentos. Sería una farsa decir que vivimos en el mejor de los mundos, pero es una afirmación alevosa anunciar el apocalipsis como hacen muchas personas, con aire falsamente compungido y teatralmente indignado.

España acaba de salir de una etapa histórica muy larga de «rosa obligado». La propia estructura del sistema y el uso de los medios coercitivos del poder como la censura y la información orientada, establecieron el hábito del aplauso al acierto y el bien permanentes e indiscutibles. Ahora sabemos que hay tensiones graves en el País Vasco, que atravesamos una dura crisis económica, que existe paro, que muchas empresas pasan dramáticos agobios... Pero se mantiene la voluntad de organizar la convivencia. Y esto es importante. Por ello es necesario tener cuidado con los derrotistas, con los catastrofistas. Sus críticas son interesadas y no buscan con ellas, precisamente, salvar a España. Necesitamos las honradas gafas de cristales limpios y claros. Para ver las cosas como realmente son.

Desde Berlín

Las viejas ilusiones arias

PASEANDO estos días por las calles de Berlín —por las del Berlín occidental y cristiano, claro—, me preguntaba cómo se le pudo ocurrir a Hitler aquella grotesca barrabasa del racismo. La verdad es que apenas se veía, entre la multitud itinerante, algún raro ejemplar que se ajustase a la imagen típica del «ario» convertido en modelo genético por el III Reich. Uno recuerda todavía las fotos de la época, en las páginas de la revista «Signal» o en los noticieros de la Ufa: muchachotes espigados y rubios, chicas altas y robustas, igualmente de cabello dorado, valquirios y valquirias de uniforme, o haciendo deporte, o trabajando, sonriendo a menudo hacia un futuro donde sus cromosomas serían hegemónicos. La «raza» destinada a señorear el mundo tenía unos rasgos físicos espléndidos, y los dirigentes nazis hacían grandes proyectos con el material humano que seleccionaban. Desde luego, la maniobra comportaba mucho truco: el alemán corriente y moliente no era siempre así. Quizá ni siquiera era así mayoritariamente. Pero existían gentes de dicha especie. Hoy, la población de Berlín da la impresión al forastero de que se acabaron los sigfridos y las brunildas.

¿Se extinguieron, en efecto, con la derrota militar de los años 40? Educados para héroes, tal vez murieron en las trincheras tontas del Führer, víctimas de su propio fanatismo. ¿O sobreviven en regiones rurales y endogámicas, como en «reservas» espontáneas? Lo ignoro. Casi no conozco Alemania, y no sabría opinar con un mínimo de seriedad. De todos modos, la evidencia inmediata es que los berlineses actuales dejan mucho que desear, en cuanto a su contectura «racial». En un porcentaje asombrosamente elevado parecen mercurianos, andaluces, valencianos: productos meridionales, bajitos, morenos, con una sintomática propensión a dejarse patillas largas ellos, y ellas con unas pechugas descuidadas y tristes. No son inmigrantes: se notaba a la legua. Los hay, por supuesto. Y hay una obvia afluencia de negros, de hindúes o de amarillos, cuyo tránsito por la ciudad probablemente es de mero turismo. En cualquier caso, no son la rémora de la descolonización que —si rémora es— soportan los ex imperios: Gran Bretaña, Francia, Holanda. Y los judíos. Han regresado los supervivientes...

¡Si Hitler levantara la cabeza! Su Berlín de las brillantes paradas militares o paramilitares a base de jóvenes «arios» con camisas pardas y entusiasmos suicidas, ha pasado a ser un «vulgo municipal y espeso» como el de cualquier otra latitud. Y en esa masa gris, lo que predomina no es precisamente el «ario» puro. Resulta excepcional, ese hipotético «ario» de las propagandas nazis. Los contemporáneos de don Adolfo ya son, a estas horas, unos ancianos encogidos, canosos, reumáticos: me refiero a los que salvaron la piel en el desastre bélico. También envejecieron las «juventudes hitlerianas», y con la arteriosclerosis votan por la socialdemocracia, seguramente. O por las candidaturas demócratacristianas. Es igual: no hay ninguna diferencia. Esos vejeteros que uno halla a su paso, fueron, en su día, unos adolescentes crispados por la retórica nacional-socialista. Perdieron sus ilusiones, sufren varices, o cáncer, y cobran pensiones de jubilados: es lo lógico. Las políticas que juegan con la mitología de la «juventud», aparte de ser una mentira intrínseca, hallan finalmente el contraste con la realidad: el tiempo pasa, y los líderes y la base se deterioran. Y la «raza».

Sea como sea, otro argumento se impone: la plana mayor del III Reich tenía tanto de «aria» como yo, o bastante menos. Hitler fue, genealógicamente, un subproducto hebreo, y, si no lo fue, su pinta de tendero con ropa cuartertera le descalifica en tanto que personaje épico. Una de las conclusiones más deprimentes que sacará la posteridad al observar la historia del siglo XX será que sus protagonistas fantásticos —Hitler, Churchill, Stalin, Franco, De Gaulle, Roosevelt, Mussolini, y los demás— fueron una fauna mediocre o loca, básicamente ridícula. Detrás de estos individuos funcionaba la lucha de clases, y otras luchas más complicadas... Pero a lo que iba: un retrato de Hitler, de Goebbels, de Hess, de Himmler, del resto, es la trágica paradoja del episodio. ¿Ellos, «arios»? ¿Viquingos, sigfridos, tristanes, valquirios, wagnerianos? En una exposición permanente que puede visitarse en los locales del ex Reichstag, bastante instructiva, el cliente desapasionado contempla el odioso espectáculo del «racismo» germánico atizado por fulanos de ascendencia gitanoide, latina, semítica, y Dios sabe qué más. Los que organizaban la operación semental «aria», no fueron exactamente «arios».

Yendo y viniendo por las aceras de Berlín, un mediterráneo levemente cáustico se muere de risa. A costa de Hitler: de algo que fue y ya no es. ¿A qué venía el asunto del «racismo», cuando sus promotores, aplicando en rigor sus propias consignas, tendrían que haber sido fletados a un horno crematorio o a una cámara de gas? La «raza» que Hitler y sus inmediatos secuaces argüían, no sé cuál sería, pero no era la de ellos. ¿Qué tenía Hitler de «ario»? La genial broma que Charles Chaplin hizo del Führer en «El Gran Dictador» es todo un indicio: un judío embarcado en el «quid pro quo» de un sainete de barrida... Ese Berlín que he transitado recientemente ya no puede ser «racista». Lo cual no deja de ser una ventaja. De hecho, un día de verano —como éstos—, abundan generosamente los «arios» en la Costa Brava o en Benidorm, y hasta en la trágica inclemencia de Sant Carles de la Ràpita, y son escasos en Berlín. Berlín —el occidental y cristiano, demócrata-cristiano o social-demócrata— es la tumba de Hitler: una tumba de chavales con moto, de restaurantes caros, de viernes lanzados a la borrachera ingenua, de bailongos pasados de moda, de la multitud abigarrada en la cuestión de genes... En una estación de metro vi y oí a un cachorro negroide hablando el alemán de su edad: no era nada del otro jueves...

Las «lenguas vernáculas», dicho sea de paso, experimentan, hoy más que nunca, una inflexión étnica digna de estudio. El nene negro que, nacido en la Alemania de la postguerra o del turismo, ha aprendido a hablar en alemán igual o mejor que Hitler, y desde la teta de su madre, ¿es un alemán, será a la larga un alemán como Dios manda? La «francofonía» sería otra referencia a considerar. Y no digamos el imperialismo lingüístico del inglés ex colonial y colonizador, proceda del Gobierno de Su Graciosa Majestad o de la Casa Blanca. Entre nosotros, la cosa se ciñe a la migración celtibérica... Hitler: «nec nominetur». Y el neoinperialismo «a-racial» prospera: la francofonía, con independencia de la pigmentación de las epidermis y de la constitución de la cara, es Racine, y Molière y Juana de Arco. Hay negros que versifican en francés, y un día lo harán en alemán. Es una aberración. Pero podría ser, a su modo, una victoria contra el racismo: contra el de Hitler...

JOAN FUSTER

CARTAS DE LOS LECTORES

¿SON PELIGROSAS LAS TINTORERAS-TIBURONES?

Señor Director:
El pasado domingo, día 16, salí junto con mi familia, con un pequeño velero con el fin de poder disfrutar de un baño en el mar, huyendo de la actual contaminación que existe en las playas cercanas a Barcelona.
Después de estarnos bañando a unas dos millas mar adentro a la altura del puerto de Arenys, nos refugiáramos en un pequeño puerto deportivo, a causa de que el viento reinante hacía ya incómodo el disfrute del baño.
Casi al mismo tiempo, atracó en el puerto un yate a motor que habíamos visto pescando en los alrededores de donde nos habíamos estado bañando y nos sorprendió ver que desembarcaban una tintorera (con todo el aspecto de tiburón) y que podría tener un tamaño de casi dos metros de longitud. La tintorera fue cargada rápidamente en un jeep por lo que solamente pudimos verla nosotros y tres personas más (extranjeros) que se encontraban en aquel momento cerca del yate.
La impresión en mi familia fue grande (sobre todo en mis hijos de corta edad), lo que se transformó (ante el nerviosismo de uno de ellos), en la necesidad de dejar el velero en el puerto y regresar a casa en tren.
Después de esto no creo que tengan ya muchas ganas de volver a bañarse mar adentro, ante la posibilidad de que aparezca un animal de este tipo.
Por ello, y para poder actuar en consecuencia, me gustaría que se informara de la peligrosidad o no que pueda representar la ya numerosa presencia de este tipo de tiburones cerca de nuestras playas, sobre todo para el tranquilo baño de los niños desde las numerosas embarcaciones que huyen de la contaminación de las aguas cerca de las playas.
J. C. D.

LOS PENSIONISTAS Y JUBILADOS DEL BAGES SE PREGUNTAN: ¿HASTA CUANDO?

Señor Director:
Por encima de toda consideración partidista, pensionistas y jubilados de Manresa y Comarca del Bages, pertenecientes unos a PSUC, otros agrupados al Sindicato de Pensionistas y Jubilados de CC. OO., así como independientes y sin filiación, viendo que a pesar de las subidas de pensiones decretadas últimamente continuamos con las mismas desigualdades, injusticias y marginaciones, que la gran mayoría estamos clasificados y conceptuados como ciudadanos de tercera o cuarta categoría, nos seguimos preguntando: ¿Hasta cuándo? Consideramos que ya está bien de parches, migajas, mezquindades y limosnas, que no es otra cosa lo que se está haciendo. Somos personas y ciudadanos que ya

hemos dado un rendimiento en la sociedad y nos consideramos acreedores de un trato más justo y humano, principalmente de una sociedad que se dice civilizada. Se habla mucho, se dice, se proyecta, pero los pensionistas y jubilados ya estamos cansados de esperar y de promesas. Necesitamos hechos, como son: Toda pensión mínima a percibir, como primer paso, debe ser la equivalente al salario mínimo interprofesional ya de por sí insuficiente, pues debería estar situado ya entre las 23.000 o 25.000. Es necesario que ningún ciudadano de nuestro país, haya o no cotizado a la Seguridad Social, se quede sin su pensión mínima. En este caso es el Estado el que debe hacerse cargo del problema.
Residencias en cantidad suficiente, ubicadas en los barrios de las grandes urbes y, también, en cada pueblo.
Asistencia sanitaria y geriátrica para las enfermedades propias de la vejez. Jubilación obligatoria a los 60 años, actualmente imprescindible para mitigar el alto paro existente.
Seguridad Social completamente a manos del Estado, descentralizada de acuerdo con la autonomía de las regiones y nacionalidades, que sea de todos y para todos los ciudadanos, controlada democráticamente por todos los partidos, sindicatos, organismos sociales y de la Administración Pública.
Representación nuestra en todos los nuevos Ayuntamientos que salgan de las urnas, bien sea por mediación de un concejal o conserjería. Estamos en la tarea de construir un Estado democrático, humano y pluralista, por lo que se necesita un alto grado de convivencia y solidaridad. Lo necesitamos como el aire que respiramos. ¿Es posible esta convivencia y solidaridad con las desigualdades económicas y sociales existentes? No. Rotundamente no. Los pensionistas y jubilados del Bages esperamos que los que ostentan el poder y todos los responsables de nuestra marginación se darán cuenta de su responsabilidad y obrarán con justicia, resolviendo el problema de acuerdo con nuestras justas reivindicaciones. Sólo así podremos hablar de convivencia y solidaridad, no teniendo los pensionistas y jubilados del Bages seguir preguntando ¿hasta cuándo?
Ernesto BRUNET SEÑAL
(Pensionistas y Jubilados del Bages - Manresa)

Gracias, President, por vuestra firmeza en el trato con los poderes fácticos.
Gracias, President, por vuestra suprema dignidad al afirmar ante la televisión madrileña que regresabais como legítimo sucesor de nuestro President Lluís Companys, fusilado por los franquistas como símbolo de Catalunya.
Gracias, President, por vuestra renuncia a toda demagogia y por la serena discreción con que habéis sabido superar situaciones ingratas y conflictivas.
Gracias, President, por vuestra ponderación y paciencia en soportar injustos ataques y las insidias de quienes fueron elegidos por invocar vuestro nombre y ahora quisieran suplantaros.
Gracias, President, por todo cuanto ya habéis sabido obtener para nuestro pueblo y por lo mucho más que se conseguirá por vuestra gestión audaz y prudente a un tiempo.
Gracias, President, por la noble autoridad con que encarnáis a Catalunya ante el mundo.
Gracias, President, por vuestro esperanzador mensaje del 27 de junio de 1978, que con su circunspección es el mejor augurio para el porvenir de Catalunya.
¡Gracias, President Tarradellas!

JOSEP MARTINEZ DE FOIX

DIOS Y LA PENA DE MUERTE

Señor Director:
Tal vez debiera dirigir esta carta a los padres de la Constitución que en admirable consenso de cincel y martillo están esculpiendo en el Congreso, día tras día, esta obra marmórea que constituirá la base de nuestra democracia. Y mi primer mensaje debiera ser —lo es— de profundo agradecimiento por haber roto de una vez y supongo que para siempre en mil pedazos la guadaña siniestra de la pena de muerte.
Confieso, sin embargo, que en no pocas ocasiones me han asaltado tremendas dudas sobre la no procedencia de su abolición. Cuando contemplo esta ola de violencia que nos invade con toda su escalada de raptos, violaciones y asesinatos, en verdad que las dudas y vacilaciones se apoderan de la mente y desorientan al espíritu.
Pero existe una razón poderosísima que hace decantar el fiel de la balanza hacia el lado de la abolición. Y esta razón que por imperativos de su elementalidad suena a tópico, no es otra que una voz que escapa de lo humano y se eleva a lo divino para decirnos que, «si Dios nos ha dado la vida tan sólo Él puede quitárnosla». Así de sencillo.
Y he aquí el quid de la cuestión. En la memorable sesión de las Cortes del día seis de junio, entre todas las voces que defendieron la abolición de la pena de muerte, no hubo ninguna que tuviera la virtud de elevarse por encima de lo humano, invocando el precepto divino en cuyo Decálogo nos prohíbe matar. Doy por válidas todas las consideraciones que se expusieron relativas a los derechos humanos, a la irreversibilidad del castigo, a la terrible expe-

riencia de quien sobrevivió la sentencia, al desgaste que produce a quien otorga el derecho de gracia, etc., etc. Pero fue una pena —repto—, que nadie, en el transcurso de la exposición de su filosofía absoluta, invocase tan elemental axioma.

Ya sé que entre sus señorías, aparte sus variados matices políticos, que en este caso no cuentan, los habrá que profesan la religión católica; otros serán simplemente cristianos o agnósticos e incluso ateos. Pero nadie podrá negar la existencia de un Dios, de un ser supremo o, por lo menos, de un ente generador de esencia-materia-vida-espíritu.

Desde mi humilde, pero a la vez privilegiada condición de hombre de la calle, yo quiero decir a sus señorías que el día seis de junio debieron abandonar sus escaños y, trasapando el artesano techo de las Cortes (hablo en metáfora), elevarse en dirección al Sol.

Porque es en Él y no en las lámparas que penden del techo donde hallarán, en determinados casos, la luz necesaria para hacerse con la verdad.

L. P. OROMI

PROBLEMAS DE CIRCULACION

Señor Director:
Desconozco si existirán estudios estadísticos probatorios del elevado índice de accidentes de circulación que se darán después de que los conductores de vehículos rápidos se libran de soportar a los lentos como tortugas y quieren liberar a sus motores y nervios de unos aguantos muchas veces injustificados; al algún día se realiza tal investigación puede ser comprobado que alto porcentaje existirán de tales atormentados convertidos en víctimas por causas muchas veces no justificadas, como que, a altas horas de circulación, los vehículos de transporte pesado disfruten de prioridad ya que deberían hacerlo de madrugada o en horas que al menos no sean punta.
También existen demasiados camiones que por viejos o por sobrecargados circulan como apisonadoras creando colas enervantes.
Los excesos de velocidad copan uno de los mayores porcentajes de accidentes, pero bastantes de ellos se originan como liberación de las referidas lentitudes, que además provocan gastos de carburante y tiempo, que representarán muchos millones en toda España.

Para acabarlos de estropear estamos observando con desespero una nueva señalización en la carretera nacional que atraviesa Vallirana que aumentará tales lentitudes, ya que obligará a injustificadas marchas en fila, por trayectos rectos donde al menos caben tres vehículos a lo ancho, como así han circulado hasta en épocas de la peor circulación —cuando no existían autopistas des congestionadas— sin que se dieran accidentes. En cambio donde éstos se dan, en determinadas curvas de Cervelló, los años pasan y el mal trazado persiste.
¿Cuándo se ocuparán los políticos de que O. P. deje de ser tan omnipotente y estime la opinión pública?

C. MUÑOZ